

C | U | L

T | U | R

A

EL MUNDO  
SÁBADO 1 DE OCTUBRE  
DE 2016

Tras la pérdida de las últimas colonias en 1898, España conoció un periodo violento: las grandes ciudades, empobrecidas y en plena turbulencia tras el auge del anarquismo, se llenaron de esos pandilleros, golfos y ladrones de poca monta que Baroja reflejó en 'La busca'. Ahora, el libro 'Fuera de ley' reúne una memoria gráfica y documentos periodísticos de aquella época (1900-1923) **POR JAVIER BLÁNQUEZ**



Foto de familia de los delincuentes conocidos como 'Apaches', tomada en Barcelona en 1910.

**VIEJA**

**MALA**

**GENTE**

---

**ARTE** LA POLICÍA ENCUENTRA EN LA CASA DE UN MAFIOSO DOS CUADROS DE VAN GOGH ROBADOS HACE 14 AÑOS

---



Pareja de la banda de delincuentes que llegó a Barcelona desde París conocida como 'Apaches'. COLECCIÓN HARLINGUE-VIOLET

Al delincuente de poca monta, que siempre ha sido algo muy español, ya no se le llamaba pícaro, sino golfo, pero sus ocupaciones seguían siendo las mismas: robar gallinas y chaquetas al descuido, estafar al primo de provincias, allanar la casa ajena. El bandolero, que asaltaba los caminos, había empezado a desaparecer del campo, pero llegaban nuevos hombres rudos a las ciudades: anarquistas con bombas ocultas en un ramo de flores, como Mateo Morral, o apaches que habían vivido en los bajos fondos de París y copiaban la moda del tatuaje, la pistola y el robo con intimidación. Se multiplicaban las pandillas, proliferaba el robo, se ponía de moda el atentado. La criminalidad en Madrid y Barcelona estaba cambiado.

El año 1900 fue decisivo en la expansión del hampa. En el cambio de siglo, el imperio había

desaparecido ya para siempre, tras la pérdida de Cuba y Filipinas, y comenzaba una nueva era para España, hambrienta y desmoralizada. El desencanto de la



Ficha policial del preso Domingo González N., alias Celestino Pérez Merino

Generación del 98, que inauguró la edad de plata de la literatura castellana, no era sólo por la quiebra moral del país, que estaba por los suelos, sino por la pavorosa miseria del día a día. La piel de toro se había vuelto un harapo con lamperones. No hay crónica más acertada de la gólfica del Madrid de entonces que *La busca*: siguiendo al des-

dichado Manuel, que pasa de chico de los recados en una pensión modesta a ratero familiar en los arrabales del Manzanares sin que el entorno viciado le conceda una sola posibilidad de mejora, la novela de Pío Baroja (1904) vino a detallar el flaco estado anímico de la España de entonces. Sin futuro, todo se reducía a la lucha por la vida.

La criminalidad ibérica quizá no haya sido tan reglamentada y glamurosa como la del Londres victoriano, que dio origen a los cuentos de detectives, y donde el asesinato –hasta que llegó Jack el Destripador, con su evisceración psicopática, a inaugurar el siglo XX– era casi un asunto deportivo, o una de las bellas artes, como sostenía De Quincey. El hampa española era un territorio de gitanos, marineros sifilíticos, obreros desarraigados y toda la excrecencia de la industrialización, a la que había que sumar una legión de tullidos de la guerra, olvidados por el Rey, arrojados a la calle sin honores y sin esperanza. Pero en su crudeza, este hampa ancestral también se nos ha he-

cho atractiva con el tiempo, como una rama más del árbol podrido de la España negra.

Es de ese fresco cetrino y mostachudo de lo que se ocupa el libro *Fuera de la ley. Hampa, anarquistas, bandoleros y apaches. Los bajos fondos en España (1900-1923)*, el segundo tomo de la serie *True crime* de la editorial La Felguera, una galería exhaustiva, detallada, a par-



Así quedó registrado en la prisión de Bilbao el delincuente Raimundo Greñedo Arcayo

tir de fuentes originales de la época rastreadas en hemerotecas, que explica cómo era la criminalidad en los años turbulen-

tos de la Restauración y hasta los albores de la Segunda República, tiempos de explosiones, bandidaje y hambruna, de policía desorganizada y de terror anarquista.

Bajo la dirección de Servando Rocha, *Fuera de la ley* recupera documentos olvidados por el paso del tiempo, y es que la prensa de antaño –revistas como *La esfera* o *Mundo Gráfico*, periódicos como *El Heraldo de Madrid* o cabeceras de sucesos como *Museo Criminal*– se ocupaban de los maleantes como hoy se investigan las travesuras y las estafas de Francisco Nicolás o de Luisito, los saqueos de Bankia o las nuevas trapacerías financieras de Mario Conde. El pícaro español hoy luce gomina, supuestas conexiones con la aristocracia y tarjetas *black*, mientras que el de ayer gastaba levita raída, bigote a lo Del Bosque y un ancla, o una señora desnuda, tatuada debajo del codo.

El libro es un buen escaparate del hampa en los tiempos de la fotografía y la prensa de masas. Rescata, por ejemplo, una amplia selección de fichas policiales anteriores a la reforma del protocolo de catalogación de criminales –es decir, previas a toma de huellas dactilares–, en las que se especificaban todos los rasgos esenciales para la identificación de un sujeto peligroso: marcas de nacimiento, tinta en la piel, antecedentes penales, rasgos del carácter –por ejemplo, Gumerindo Arranz Martínez, alias *Pedro Álvarez*, «es muy malo y perturbador», y Simón Echevarría Larraide, que «intentó fugarse de la prisión de Durango», se describía como «de raza gitana y, como buen gitano, de mucho cuidado»–, así como una descripción de las rotundas características físicas del malhechor, a la manera de los estudios sobre el positivismo criminológico de Cesare Lombroso.

Pero, sobre todo, lo que recupera *Fuera de la ley* es el nombre y los hechos de los verdaderos villanos del hampa de las primeras décadas del siglo XX, que llenaron tantas páginas de la prensa sensacionalista y los

versos de los romances de ciegos. Estos Gumerindo Arranz y Simón Echevarría no eran más que delincuentes comunes, los de la busca, que diría don Pío; alborotadores a los que se les metía entre rejas para que no molestaran. Pero los bajos fondos tuvieron sus estrellas mediáticas, sus héroes populares, como en los tiempos del bandolerismo lo fuera Luis Candelas y en los de los pícaros Lázaro, Guzmán y don Pablos.

CONTINÚA EN LA PÁGINA SIGUIENTE